

**PRADA RODRÍGUEZ, Julio,  
*A dereita política ourensá: monárquicos,  
católicos e fascistas (1934-1937),***

Vigo, Servicio de Publicaciones  
de la Universidad de Vigo, 2005,  
ISBN: 84-8158-298-0

**M<sup>a</sup> Concepción Álvarez Gómez**

El Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo acaba de editar un interesante libro sobre la derecha política ourensana en los años treinta del que es autor el profesor de la Facultad de Historia Julio Prada Rodríguez. En sus más de 350 páginas, Prada estudia desde los apoyos locales vinculados a Calvo Sotelo y al carlismo, al proyecto político de la derecha católica abanderado por la CEDA y la Iglesia, pasando por la solución de corte fascista que propugnaba Falange. Cuatro proyectos políticos de signo muy diferente que, sin embargo, acabarán apoyando con distintos matices el golpe militar de julio de 1936 y en parte fusionados tras el Decreto de Unificación dictado por Franco en abril de 1937.

Y es que el espectro político derechista, a pesar de ser el gran dominador de la escena política ourensana durante los años de la II República, fue el que menos atención recibió por parte de la historiografía gallega. Un vacío que, por lo que a la provincia de Ourense se refiere, queda cubierto con este documentado trabajo que ofrece una pormenorizada visión de conjunto de estas fuerzas en el período que separa los sucesos revolucionarios de octubre de 1934 y el Decreto de Unificación de abril de 1937. Un marco cronológico nada corriente en obras similares pertenecientes a espacios geográficamente alejados del ourensano, más inclinadas por la tradicional periodización en etapas políticas. Dos fechas clave, sin embargo, que marcan, respectivamente, el principio de la recomposición de las estrategias seguidas por los diferentes sectores de la derecha y su disolución final en el conglomerado de FET y de las JONS por disposición del Alto Mando militar. Esto permite al autor destacar tanto los elementos de continuidad como las fracturas abiertas en dicho espectro político como consecuencia de la sublevación militar, lo que constituye, sin duda, un valor añadido a destacar. No obstante, es preciso advertir que estos límites cronológicos, sobre todo los inferiores, son ciertamente flexibles. En efecto, en el caso de los sectores monárquicos vinculados a Calvo Sotelo o en el caso del carlismo, sus apoyos y estrategias originarias se rastrean en etapas muy anteriores a la experiencia republicana; por lo que al proyecto católico se refiere, se trata su evolución desde las elecciones de abril de 1931 (bien es verdad que con mayor atención al período posterior a octubre de 1934) y en el caso de los sectores fascistas, como no podía ser de otro modo, se estudian desde sus primeras manifestaciones hasta el Decreto de Unificación franquista.

Una concisa introducción, quizás breve en exceso, permite al lector contextualizar el objeto de estudio principal desde el punto de vista de la estructura demográfica y social de la provincia ourensana y de su dinámica política durante la Segunda República. El primer capítulo está dedicado al estudio del calvosotelismo y del tradicionalismo. Respecto al primero, el autor destaca entre las claves de su éxito electoral la habilidad de Calvo Sotelo para capitalizar en su beneficio los réditos de su gestión ministerial con Primo de Rivera y la tupida red de influencias tejidas con paciencia desde su etapa de joven maurista; no menos importancia le concede a la captación de una parte del viejo conservadurismo bugallalista que sigue al diputado José Sabucedo Morales tras el fallecimiento de su jefe de filas. También es de destacar la atención prestada a sus apoyos electorales y, sobre todo, a la estrategia de amplificación de los desórdenes públicos que se producen a partir de la victoria electoral de las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936 gracias a la entusiasta colaboración de los diferentes notables locales rendidos a su causa, el papel de sus seguidores en la conspiración militar y el apoyo que prestaron a la sublevación una vez consumada.

Las páginas dedicadas al estudio del carlismo ofrecen todavía mayores novedades gracias a la utilización del manuscrito inédito del que fuera uno de sus principales animadores: Luis Rodríguez Fernández, lo cual permite a Julio Prada suplir con solvencia la carencia de fuentes en este capítulo. La notable influencia de los carlistas en determinados círculos contrasta, a juicio del autor, con la imposibilidad de ampliar sus bases sociales y con su reducida organización provincial. Sus apoyos, no muy diferentes a los de los de los alfonsinos, explican por qué destacados personajes de la vida económica y social ourensana repartían sus lealtades entre ambas fracciones dinásticas. A pesar de las diferencias internas respecto a la sucesión de Alfonso Carlos de Borbón, los diferentes sectores que lo integraban mantuvieron una frágil unidad hasta que los progresos en la organización de alfonsinos y católicos fieles a Gil Robles, la aparición de las primeras manifestaciones fascistas y el debate en torno a las tácticas de acción política hicieron inevitable la ruptura. La conspiración militar, sin embargo, los devolvió de nuevo al primer plano, a lo que no fue ajeno el hecho de que uno de sus correligionarios fuese escogido como enlace entre los militares y el resto de las organizaciones reaccionarias de la derecha. Tras el golpe de estado, la *Comunión Tradicionalista* se concentró en la captación de voluntarios para los frentes bélicos; mientras, en el rural, aparecían numerosas secciones locales que eran utilizadas por antiguos izquierdistas a los que la política de bandos situó en el lugar equivocado para protegerse frente a la represión desatada.

El capítulo segundo está dedicado al estudio de los sectores católicos, desde el desconcierto inicial que sigue a la proclamación de la República a su reacción y posterior contraataque. Especial mención merecen las páginas dedicadas al pormenorizado análisis del proceso de gestación y evolución de las *Juventudes de Acción Popular* (JAP), bien conocidas por el autor gracias al manejo sistemático del archivo privado de su máximo dirigente provincial, José Pérez Ávila. J. Prada defiende la tesis de que si bien su aparición es inseparable del proceso de paramilitarización de la política tan característico de este período, los dirigentes de la sección ourensana no serán en absoluto proclives a la fascistización de que da muestras una buena parte de su militancia tras la derrota electoral de febrero de 1936.

Los dirigencias de AP de Ourense, al igual que hizo la jerarquía eclesiástica, apoyaron sin reservas el golpe militar, sus militantes y simpatizantes contribuyeron económicamente a la «causa nacional» y no pocos pusieron al servicio de los sublevados su experiencia de gestión a administrativa allí donde fue solicitada su colaboración. La unificación, según concluye el autor, los cogió bastante descolocados, aunque su capacidad adaptativa permitió a muchos conservar su posición económica y social a cambio de una relativa pérdida de posiciones en el campo de la política. Por el contrario las JAP, incapaces de competir con carlistas y falangistas en el ámbito de la movilización e ignoradas por el Decreto de Unificación, sólo pudieron aceptar resignadamente el papel subordinado que la coyuntura les reservaba.

Las páginas dedicadas al estudio de la Falange ourensana son también de gran interés y novedad. El autor destaca la temprana aparición de los primeros grupúsculos fascistas en la capital y en algunos puntos de la provincia, así como su proceso de salida de las catacumbas tras los sucesos revolucionarios de octubre de 1934; es entonces cuando consigue atraer a jóvenes procedentes de muy diversos campos (tradicionalismo, *jonsismo*, grupos católicos, galleguistas, cenetistas, etc.). A pesar de ello, como es lógico,

Ourense no difiere del resto del Estado en lo que a la imposibilidad de estos sectores para convertirse en un partido de masas se refiere; todavía más: Prada destaca su acusada dependencia respecto de los monárquicos calvosotelistas de los cuales dependen financieramente al mismo tiempo que son los principales beneficiados de la polarización social que provoca su estrategia de conquista de la calle. Como en el resto del Estado, quizás todavía con más claridad, el triunfo electoral de las izquierdas hizo afluir a sus filas numerosos elementos procedentes de todo el espectro político derechista que se mezclaron con los que habían constituido su núcleo primigenio, alterando radicalmente su composición socioprofesional y sus concepciones políticas. El incremento de la conflictividad sociopolítica convirtió a sus escuadras armadas en el más eficaz instrumento con que podían contar las «gentes de orden» para frenar a una izquierda crecida tras su victoria. Lógicamente, la sublevación militar representará la culminación de este crecimiento exponencial de Falange, pero por entonces poco o nada quedaba ya de sus esencias prístinas.

El núcleo esencial del capítulo cuarto lo constituye el estudio de las milicias de segunda línea antes del Decreto de Unificación. Una manifestación que pone de manifiesto la fiebre colaboracionista que se adueña de una parte significativa de la sociedad ourensana a la vez que sirve para documentar la confluencia en ellas de representantes de todo el espectro político derechista: lo mismo falangistas que calvosotelistas, tradicionalistas, accidentalistas y *japistas*, todos ellos disciplinados por la férrea mano militar y las necesidades bélicas. Las fuentes policiales que sirven como base para documentar el fenómeno de los *Caballeros de Santiago*, ofrecen la interesante novedad de contrastar empíricamente la presencia en ellos de republicanos de centro y de derechas, de galleguista e incluso de izquierdistas no especialmente destacados que buscaban de este modo congraciarse con el nuevo poder con la esperanza de quedar a salvo de la persecución.

La creación de FET y de las JONS, concluye Prada, va a fundir en un único cuerpo tan complejo conglomerado de ideologías e intereses unidos por el común anhelo de victoria bajo mando militar. La lucha desatada por el control de las milicias y los enfrentamientos que se sucedían entre ellas hacían temer que en la retaguardia se reprodujesen una vez más las antiguas luchas de bando; algo que, a juicio del autor, también ayuda a explicar el contexto en el que se produjo el Decreto de Unificación.

Estamos, por tanto, ante una obra clarificadora del amplio espectro político de la derecha ourensana, muy rigurosa y documentada como acostumbra a ser norma en la producción historiográfica del autor. Elementos todos ellos que la hacen especialmente recomendable tanto para especialistas en esta temática como para aquellos interesados en el latido vital de aquel Ourense de los años treinta.